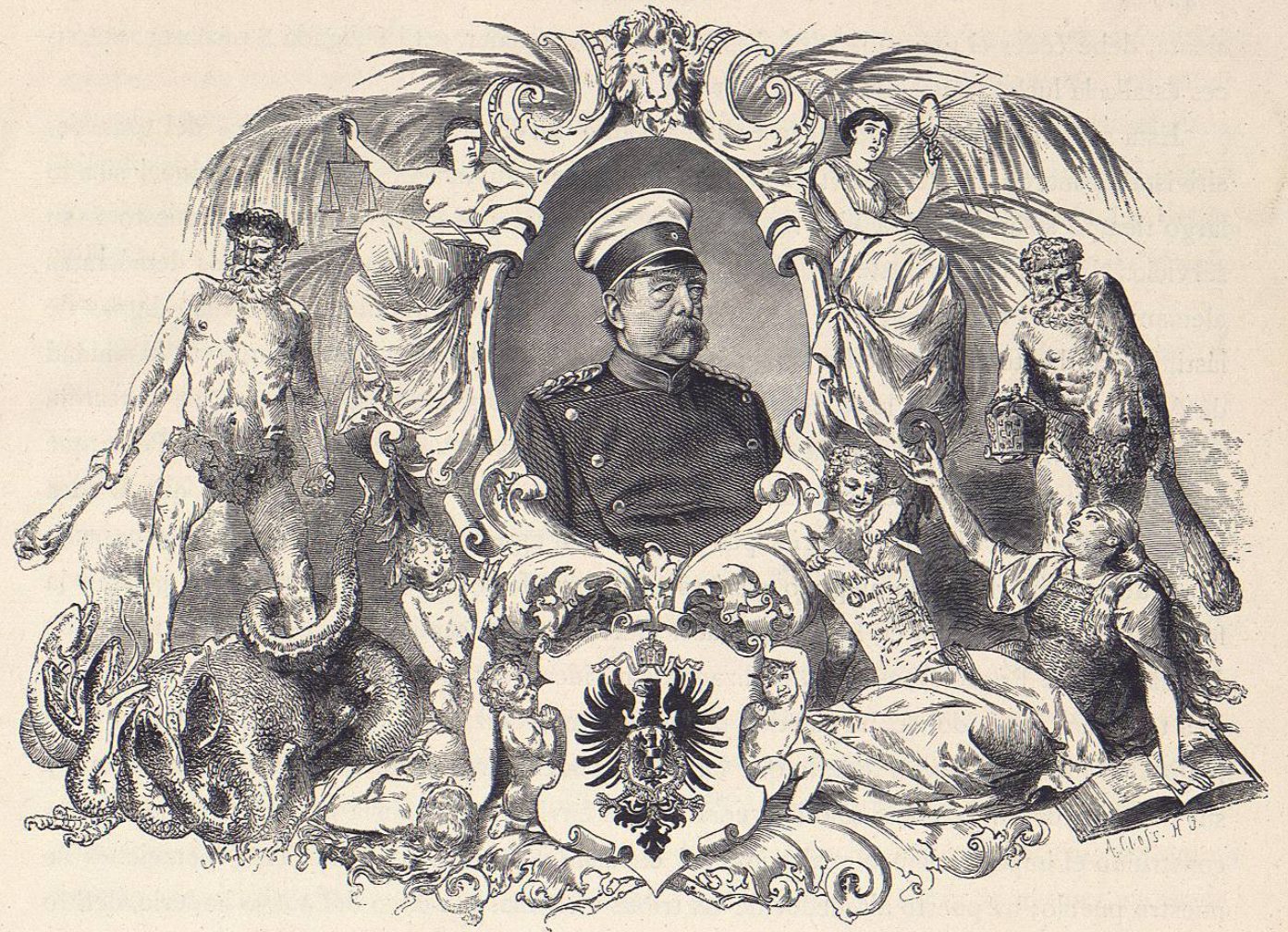


cien años, obtenemos el triste resultado de que á través de la despreocupacion, de los clásicos y románticos, de Kant, Fichte, Schelling, Feuerbach y Strauss, á través del idealismo y el materialismo, hemos llegado felizmente al *Babuino afeitado* de Voltaire, al *Hombre máquina* de la Metrie ó al *Sistema de la naturaleza* de Holbach. El porvenir decidirá si este objetivo merecía tantos esfuerzos. Al presente corresponde el derecho de presentar la formal petición de que la embriaguez materialista, á la cual ha sucedido ya en la vida práctica la inevitable razón, cese también en la ciencia, pues son incalculables los daños que ha causado. La doctrina del ateísmo mecánico-materialista, sostenida y proclamada con ridículo énfasis, y por decirlo así á són de trompeta, ha tenido por consecuencia el extremo opuesto, es decir, la superstición sobrenatural ortodoxa, y ahora las dos luchan furiosamente una contra otra para sofocar en mortal abrazo á la razón, que quiere animar é iluminar idealmente el mundo investigado y materialmente comprendido. Las consecuencias se tocan ya: á la orgullosa falsedad científica con lo material se ha opuesto una inmensa falsedad popular con lo inmaterial. Los defensores de la materia han sabido perfectamente impeler las masas hácia las redes clericales; y esto era natural. Los hombres quieren y deben tener una divinidad; quitádsela y adorarán los ídolos; cerrad las fuentes de la fe ideal, y entónces comenzarán á brotar los manantiales maravillosos de Lourdes y de Marpingen. Una reducidísima minoría de hombres de espíritu fuerte y de corazón frío podrá encontrar la paz y el contento en la existencia mecánica que el materialismo científico proporciona; pero la inmensa mayoría la rechaza. Las saturnales del «espiritismo,» comenzadas al mismo tiempo que las del materialismo, demuestran harto evidentemente que el hombre no puede vivir sólo con el pan de la ciencia; necesita el vino de la fe; quiere y debe tener ideales. No es temeridad ni exageración creer y esperar que al espíritu alemán le será dado y concedido hallar el necesario y saludable término medio entre el idealismo y el materialismo, en el cual reposa sin duda la futura prosperidad del trabajo civilizador del pueblo alemán.



BISMARCK

VI

EL NUEVO IMPERIO

CUANDO en 30 de setiembre de 1862 el recién nombrado presidente del Consejo de ministros de Prusia, Oton de Bismarck-Schoenhausen, lanzó en la comisión de presupuestos de la cámara de diputados la frase: «¡Las grandes cuestiones de nuestra época no se resuelven con los discursos y votaciones de la mayoría (este fué el error cometido en 1848 y 1849), sino á sangre y fuego!» alzóse gran clamoreo en Alemania y en toda Europa y las dos hermanas, la hipocresía y la ignorancia, no sabían cómo expresar su asombro. ¡Cual si las «grandes cuestiones se hubieran resuelto de otro modo que á sangre y fuego siempre que se han suscitado entre los hombres!» Vociferábase hipócritamente contra la «inauguración de una política de fuerza.» ¡Cual si en política se hubiera podido hacer jamás algo grande y justo sin el uso de la fuerza!

El ideal de progreso de Goethe, que se mueve en los caminos de una «tranquila instrucción» es muy bonito, pero en política, que no solamente tiene que tratar con ideas sino también con hechos, siempre será una vana apariencia y un fantasma; pues: «Fácilmente se reúnen los pensamientos, pero con fuerza se chocan las cosas en el espacio. Allí donde una se

sienta, debe ceder el puesto la otra, y la que no quiera ceder, está obligada á rechazar; entonces estalla la lucha venciendo sólo la fuerza.»

Esta sentencia del gran idealista Schiller podría servir de divisa á la política del gran positivista Bismarck; la idea moral de la unidad alemana hubiera podido ser y continuar siendo largo tiempo solamente una idea moral si la fuerza y el poder no se hubieran puesto á su servicio. Ningun crítico justo podrá negar que esta idea fué la que guiaba á los demócratas alemanes y á los monárquicos de 1848, partidarios de un imperio unido; pero ¡cuán dignas de lástima eran las tentativas de los republicanos y de los monárquicos, sin poder crear la unidad de Alemania! También en los centralistas y en los federalistas que, después de la gran bancarota de 1849, volvieron á emprender la obra de la unidad alemana, vivía la «idea moral.» Pero ¿qué resultado obtuvieron? palabras, palabras y palabras. Es justo también reconocer que la idea moral influyó en la dieta de los príncipes alemanes en agosto de 1863, y á pesar de eso, ¡cuán deplorable y sin resultado ninguno pasó esta solemne farsa! ¿Por qué? Porque el poder y la fuerza de traducir la idea en hecho, de hacer efectivo el pensamiento, estaba en las manos de Prusia, sólo de Prusia. Y esta ¿ha realizado dicha idea del todo y en todas sus consecuencias? Del todo, nó. Pero ¿dónde ha existido jamás, excepto quizás en el terreno del arte, un ideal realizado? Prusia ha hecho todo lo que ha creído poder hacer en proporción de sus fuerzas, y sus hazañas fueron grandes; sólo la ignorancia, la envidia y la malicia pueden negarlo. Ha reconstruido el imperio alemán realizando así el sueño y el anhelo de muchas generaciones de nuestro pueblo; ha puesto alrededor de las tribus alemanas el marco del nuevo imperio, dentro del cual puede realizarse el proceso de la unión. Todos los vituperios y críticas de la izquierda y de la derecha y del centro no pueden nada contra este gran hecho.

El mérito nacional alemán é histórico universal del rey Guillermo de Prusia, de su ministro y de sus generales, consiste en haber conocido claramente que había llegado el tiempo en que Prusia debía resolver la cuestión alemana y en haber transformado esta convicción en una acción bien pensada y bien preparada, cuya tarea emprendió con atrevimiento, con constancia, llevándola á cabo con energía.

El drama de la regeneración de Alemania por medio de la política de Bismarck se verificó en tres actos, tres actos de guerra: la guerra de Schleswig-Holstein en 1864, la prusiana-austriaca en 1866 y la franco-alemana en 1870 y 1871. ¡Un drama con todas las reglas que rigen los destinos en la historia universal! Con una necesidad lógicamente obligatoria siguiéronse acto á acto y escena á escena. La conquista é incorporación de los Ducados del Elba por Prusia señaló, con gran alegría de todos los alemanes pensadores, el principio del fin de la desunión alemana en muchos Estados pequeños. Dolorosísima fué la guerra de 1866; á ella puede aplicarse el siguiente dicho de Hoelderlin: «La necesidad acaba con su rayo inexorable en un solo y grande día lo que apenas logran siglos y siglos;» así el desgraciado dualismo austriaco-prusiano debía desaparecer si algo quería hacerse de Alemania; y sólo «el hierro y la sangre» eran capaces de satisfacer esta necesidad en el día de Sadowa. Pero ningun protocolo de paz y ningun mojón fronterizo puede convencernos á nosotros los alemanes de que no llegue ó deba llegar un día, gran día de júbilo, que devolverá los nueve millones de austriacos-alemanes al seno de la madre Germania.

La guerra de 1870 y 1871, el mayor acontecimiento del siglo, fué en sus causas fundamentales y en sus dignos finales una lucha del romanismo contra el germanismo. El 18 de julio de 1870 los jesuitas hicieron decretar por el concilio «Vaticano» la infalibilidad del Papa, y al día siguiente se lanzó la declaración de guerra de los franceses contra Alemania. El dogma romano de la infalibilidad y los gritos que resonaron en los boulevards de París de «¡á Berlin, á Berlin!» tuvieron el mismo sentido. El cálculo de los jesuitas fué astuto, pero la prueba fracasó.

Esperábase, tanto en las Tullerías como en el Vaticano, haber dirigido el cartel de desafío contra una Alemania desunida; pero el norte y el sur, el este y el oeste, liberales y conservadores, ricos y pobres, príncipes, hidalgos, ciudadanos y labradores, católicos y protestantes, levantáronse como un solo «pueblo en armas.» y «con el estruendo soberbio de la tempestad, parecido al estrépito de las espadas y al choque de las olas contra las rocas, resuena por todas las comarcas de la patria el grito: ¡al Rhin, al Rhin, al Rhin alemán!»

Sabemos que la estupidez, la ignorancia, la mentira, la envidia y la malicia son grandes potencias en la tierra; pero el poder reunido de estas cinco grandes potencias no basta para oscurecer el esplendor glorioso del trabajo titánico que Alemania efectuó en siete meses. Con duraderas letras de fuego, como el rayo las inscribe en las rocas, la historia apuntará el trascurso de este trabajo en el libro de la eternidad, y allí podremos leer, cuando las pasiones, las calumnias y el odio de la edad presente hayan desaparecido, que la grandiosidad del drama heróico alemán de 1870 y 1871 fundóse primero, en la pureza y justicia de nuestra causa; segundo, en la unidad, hasta ahora sin ejemplo en la historia de nuestro país, de todas las clases, castas y oficios, en el pensamiento nacional (pues no importó nada que una minoría apenas visible hubiera querido hacer traición á este pensamiento), y tercero, en el aislamiento de la nación alemana; de modo que sin auxilio alguno de fuera, confiada sólo en su propia fuerza, logró tan asombrosos resultados y el justo premio de sus victorias, la Alsacia y la Lorena, propiedad nuestra ántes robada y ahora reivindicada á sangre y fuego.

La conciencia del derecho, el pensamiento de la unión, el sentimiento del deber, la sensación manifiesta de la fuerza nacional, fueron los que dieron su invencibilidad al ejército alemán. Este ejército se presenta á la vista del admirador como vivero magnífico y vigoroso, plantado, cuidado y purificado hasta su desarrollo por los héroes de nuestra civilización, por nuestros grandes pensadores y poetas. Cada soldado alemán, desde el general en jefe hasta el último bagajero, llevaba con ó sin conocimiento en su pecho todo lo mejor y más sublime que jamás ha ideado é intentado el genio alemán. Grandes fueron, por lo tanto, los resultados de la ciencia estratégica de los generales, más grandes los de la capacidad táctica de los oficiales; pero los más grandes de todos, los de la disciplina, el entusiasmo, la perseverancia y el desprecio á la muerte de las tropas. Honor, tres veces honor, á los pensadores y ejecutores del plan de campaña: sus nombres brillarán por los siglos de los siglos; pero con mayor respeto aún, con gratitud más íntima pensemos en los héroes sin nombre que duermen en el suelo de Francia, de los héroes de que no habla ninguna canción ni ninguna epopeya y que sólo viven en el recuerdo de sus padres, viudas y huérfanos abandonados quizás á la necesidad y miseria. Grandes fueron los sacrificios de toda clase con que nuestro pueblo se lanzó á la victoria, y grandes

también los dolores de la madre patria al nacer el nuevo imperio, si bien este fué la consecuencia lógica y necesaria de la premisa de tal guerra.

¡Oh santa Nemesis, hija de la justicia, tarde vienes, pero al fin llegas! Durante cuatro siglos la Francia, reino, república ó imperio, había hecho guerras de rapiña contra Alemania, nos había arrebatado ciudades y provincias, saqueado y devastado nuestras regiones, había minado primero el antiguo imperio alemán destruyéndole después, había intentado varias veces la destrucción del nombre alemán, y ahora con gran asombro del mundo, llegó la hora de la expiación en medio de los truenos de las batallas. Como tantas veces en el trascurso de los destinos de los pueblos, también en esta ocasión la diosa de la venganza se mostró como maestra incomparable de ironía, pues en el palacio de uno de los enemigos más soberbios y crueles de Alemania, en el mismo castillo de Versalles, que Luis XIV había construido cual monumento magnífico de la humillación del antiguo imperio alemán, el general de los alemanes aliados, el rey Guillermo de Prusia, el vencedor de Francia, fué proclamado en 18 de enero de 1871 emperador del nuevo imperio alemán.

Dos meses más tarde, en 21 de marzo, el emperador abrió la primera dieta en Berlín con un discurso de la corona, que clara y dignamente caracterizó la posición del nuevo imperio en medio de Europa: «El espíritu que anima al pueblo alemán, penetrando su instrucción y sus costumbres, así como la constitución del imperio y sus instituciones militares, preservan á la Alemania, en medio de sus triunfos, de todo abuso de sus fuerzas adquiridas por la unión. El mismo respeto que exige Alemania para su propia independencia, lo concede también á la independencia de todos los otros Estados y pueblos, tanto á los débiles como á los fuertes. La nueva Alemania, surgida de la prueba de fuego de la guerra, será la salvaguardia segura de la paz europea, porque es bastante fuerte y está bastante convencida de su poder para conservarse la dirección de sus propios asuntos, que es de su incumbencia exclusiva, y para los que se bastará ella sola. ¡Que la reconstrucción del imperio alemán sea también para la nación en el interior la señal de la grandeza alemana! ¡Que á la guerra franco-alemana, concluida tan gloriosamente, siga una paz interior no menos gloriosa, y que la tarea del imperio alemán se limite en adelante á mostrarse vencedor en la lucha por los bienes de la paz!»

Los músicos y poetas alemanes han cantado á porfía en su patria las hazañas de sus compatriotas en el año «grande,» pero las alabanzas más hiperbólicas de tales proezas y de sus resultados han llegado á nosotros del extranjero, de allende los Alpes, alabanzas salidas de los labios de uno de los hijos más eminentes de Italia, José Civinini de Florencia, quien se expresó del modo siguiente: «Si las armas de Prusia realizaron materialmente el gran pensamiento de la unión alemana, á este trabajo activo había precedido un trabajo de ideas, que empezando con Leibnitz, se continuó hasta nuestros días: poetas y filósofos, críticos é historiadores, han colaborado en él, de modo que podemos decir que la regeneración de Alemania es una obra verdadera del pensamiento y de la ciencia. En todos los terrenos del saber humano, en todas las formas de la creación poética, la Alemania espiritual ha preparado á la nueva Alemania política. La ciencia y la literatura, la filosofía y la historia han inculcado en el pueblo alemán el profundo sentimiento de la propia nacionalidad, le han enseñado á considerarse como destinado á una gran misión histórica, le han impuesto el cumplimiento de esta misión como un deber. Sí,

esta fué la verdadera señal característica del movimiento alemán, que en primera línea fué una obra del espíritu, y cuando esta hubo llegado á la madurez, pasó á ser obra de la fuerza material. Como el rayo al trueno, así precedió la idea al hecho, y antes de que los alemanes se hicieran materialmente el pueblo más poderoso de Europa, fueron idealmente el más instruido: la jefatura política es efecto y consecuencia de la intelectual. El que vive en la creencia de que el espíritu signifique algo en este mundo, poco se fia de la duración de obras que sólo sean fruto de manejos políticos y militares sin una preparación suficiente espiritual y moral. Pero allí donde un pueblo tiene ya una filosofía, ciencia, historia, poesía y música verdaderamente nacionales, creadas por todos y á todos comunes, allí donde hace más de un siglo que un desarrollo siempre creciente ha fundado la unidad en el terreno del saber y del pensar, allí pueden venir los días de Sadowa y de Sedan: pues encontrarán un suelo labrado que dará sazonados frutos. El nuevo imperio alemán no es, por lo tanto, como se ha dicho con sobrada ligereza, hijo de la fuerza; es el fruto lentamente madurado del pensamiento, es la manifestación política de la instrucción espiritual, es el triunfo de un largo trabajo civilizador, adquirido por el empleo de la fuerza en el servicio de la idea, del mismo modo que las victorias se alcanzan siempre en el campo de batalla de los hechos.»

Termine con tan elocuente alabanza, que á la vez es una enérgica amonestación para el porvenir, este libro; yo, que lo he escrito hasta donde mis facultades correspondían á mi voluntad, en honor de mi patria y para su enseñanza, estoy seguro de hacerme intérprete de todos los alemanes de cabeza y de corazón, si como palabra final expreso esta bendición:

¡Que nuestro pueblo avance confiado hácia sus futuros destinos, incansable en el trabajo, audaz en sus ideas, justo en sus acciones, constante en sus costumbres, firme en su derecho, fuerte en su defensa, moderado en la fortuna, animoso en la adversidad, y llegue en breve al perfeccionamiento de su unidad, la paz y la libertad! ¡Salud á Germania!

FIN